

E L U R B A N I S M O H O Y

Este siglo ha sido una batalla perdida con el problema demográfico. A pesar de su temprana promesa y de su frecuente valentía, el urbanismo ha sido incapaz de inventar e implementar en la escala demandada por su apocalíptica demografía. En veinte años, Lagos ha crecido de dos a siete, a doce, a quince millones; Estambul ha duplicado su población de seis a doce millones. China se prepara para multiplicaciones aún más vertiginosas.

¿Cómo explicar la paradoja de que el urbanismo, como profesión, haya desaparecido en el momento en que la urbanización, en todas partes –luego de décadas de aceleración constante–, está en camino de erigirse como un “triunfo” definitivo, global, de la condición urbana?

La promesa alquimista del modernismo –transformar cantidad en calidad por medio de la abstracción y de la repetición– ha sido un fracaso, una burla: magia que no funciona. Sus ideas, estética y

**R e m
Koolhaas**



estrategias están acabadas. Al mismo tiempo, todos los intentos de engendrar un nuevo comienzo sólo han desacreditado la idea de un nuevo comienzo. Una vergüenza colectiva en el despertar de este fiasco ha dejado un cráter masivo en nuestro entendimiento de la modernidad y de la modernización.

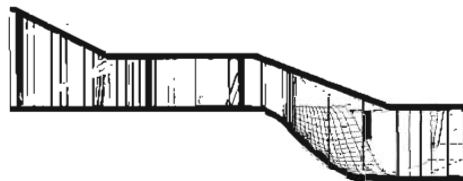
Lo que hace que esta experiencia resulte desconcertante y (para los arquitectos) humillante, es la persistencia desafiante de la ciudad y su aparente vigor, a despecho del fracaso colectivo de todas las agencias que actúan sobre ella o tratan de influenciarla —creativa, logística o políticamente.

Los profesionales de la ciudad son como los jugadores de ajedrez que pierden contra computadoras. Un perverso piloto automático desvía constantemente todos los intentos de aprehender la ciudad, agota todas las ambiciones de su definición, ridiculiza las más apasionadas aserciones acerca de su fracaso actual y de su imposibilidad futura. Cada desastre predicho es absorbido de alguna manera bajo el manto infinito de lo urbano.

Como la apoteosis de la urbanización es evidentemente obvia y matemáticamente inevitable, una cadena de acciones y posiciones postreras, escapistas, pospone el momento final del ajuste de cuentas para las dos profesiones implicadas primariamente en el hacer ciudades —arquitectura y urbanismo. La penetrante urbanización ha modificado la condición urbana en sí misma más allá de lo que se atreve a confesar. "La" ciudad no existe más. Ya que el concepto de ciudad ha sido distorsionado y violentado en una manera que no tiene precedentes, cada insistencia en su condición primordial —en términos de imágenes, reglas, fabricación— conduce irrevocablemente, vía la nostalgia, hacia la irrelevancia.

Para los urbanistas, el tardío redescubrimiento de las virtudes de la ciudad clásica en el momento de su imposibilidad definitiva puede ser el punto sin retorno. El momento fatal de la desconexión, de la descalificación. Ellos son ahora especialistas en dolor fantasma: doctores que discuten las complejidades médicas de una extremidad amputada.

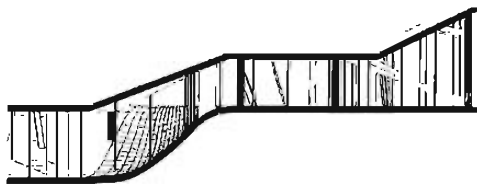
La transición desde una primera posición de poder hacia una condición disminuida, de relativa humildad, es difícil de lograr. El descontento con la ciudad contemporánea no ha conducido al desarrollo de una alternativa verosímil; por el contrario, únicamente ha inspirado formas más refinadas de articular el descontento. Una profesión persiste en sus fantasías, su ideología, su pretensión, sus ilusiones de involucramiento y control, y es, por ello, incapaz de concebir nuevas modestias, intervenciones parciales, rectificaciones estratégicas y posiciones restringidas que puedan influenciar, redirigir, triunfar en términos limitados, reagrupar, incluso comenzar de nuevo desde la línea de partida. Debido a que la generación de mayo



del 68 —la más grande generación sorprendida jamás en el "narcisismo colectivo de una burbuja demográfica"— se encuentra ahora, finalmente, en el poder, es tentador pensar que ella es responsable de la muerte del urbanismo —el estado de cosas en el cual las ciudades no pueden más ser hechas— paradójicamente debido a que fue ella la que redescubrió y reinventó la ciudad.

Sous le pavé, la plage (bajo el pavimento, la playa): inicialmente, mayo del 68 lanzó la idea de un nuevo comienzo para la ciudad. Desde entonces hemos estado ocupados en dos operaciones paralelas: documentando nuestro abrumador espanto por la ciudad existente, desarrollando filosofías, proyectos, prototipos para una ciudad preservada y reconstituida y, al mismo tiempo, ridiculizando el campo profesional del urbanismo, desmantelándolo con nuestro desdén por aquellos que planean (y cometen grandes errores en la planeación) aeropuertos, nuevas urbes, ciudades satélite, autopistas, rascacielos, infraestructuras y todas las otras cosas derivadas de la modernización. Luego de sabotear al urbanismo, lo hemos caricaturizado a un punto tal que departamentos universitarios completos han sido clausurados, muchas oficinas han quebrado, las burocracias han sido puestas en jaque o privatizadas. Nuestra "sofisticación" esconde síntomas mayores de cobardía enfocados en la simple cuestión de la toma de posiciones —quizá la acción más básica en el hacer ciudades. Somos, simultáneamente, dogmáticos y evasivos. Nuestra amalgamada sapiencia puede ser fácilmente caricaturizada: de acuerdo con Derrida no podemos ser *todo*, siguiendo a Baudrillard no podemos ser *sinceros*, de acuerdo con Virilio no podemos estar *allí*.

"Exiliados al mundo virtual": guión para una película de horror. Nuestra relación actual con la "crisis" de la ciudad es profundamente ambigua: sin cesar culpamos a otros por una situación de la cual son responsables tanto nuestro utopismo incurable como nuestro desdén. A través de nuestra hipócrita relación con el poder



—desdeñosa y, no obstante, llena de codicia— desmantelamos una disciplina entera, nos separamos de lo operacional y condenamos a poblaciones completas a la imposibilidad de codificar civilizaciones sobre sus territorios —el propósito del urbanismo.

Estamos abandonados en un mundo sin urbanismo, sólo arquitectura y más arquitectura. La seducción de la arquitectura radica en su curiosidad; ella la define, la excluye, la limita, la separa de “el resto” —pero también la consume. Ella explota y extingue los potenciales que, finalmente, sólo pueden ser generados por el urbanismo y que únicamente la imaginación específica del urbanismo puede inventar y renovar.

La muerte del urbanismo —nuestro refugio en la parásita seguridad de la arquitectura— crea un inminente desastre: más y más sustancia es injertada sobre raíces famélicas. En nuestros momentos más permisivos nos hemos entregado a la estética del caos —“nuestro” caos. Pero en el sentido técnico, caos es lo que sucede cuando no sucede nada, y no algo que puede ser gestionado o abarcado; es algo que se infiltra; no puede ser fabricado. La única relación legítima que los arquitectos pueden tener con el caos es tomar su lugar correcto en el ejército de quienes se dedican a resistirlo, y fracasan.

Si ha de haber un “nuevo urbanismo”, no estará basado sobre las fantasías mellizas de orden y omnipotencia, sino sobre el andamiaje de la incertidumbre; no tendrá más que ver con el arreglo de objetos más o menos permanentes, sino con la irrigación de territorios con potencial; no aspirará más a configuraciones estables, sino a la creación de campos habitantes que acomoden procesos que se rehúsan a ser cristalizados en una forma definitiva; no se concentrará más en la definición meticulosa, en la imposición de límites, sino en la expansión de nociones, negando linderos, no separando e identificando entidades, sino descubriendo híbridos innombrables; no estará más obsesionado con la ciudad, sino con la manipulación de la infraestructura para intensificaciones y diversifi-

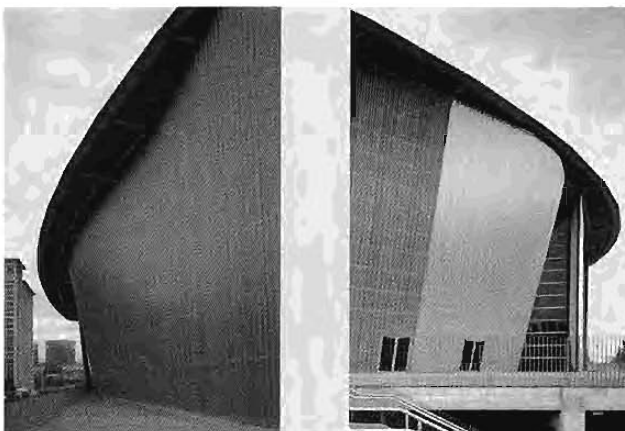
caciones, atajos y redistribuciones sin fin —la reinención del espacio psicológico. Dado que, ahora, lo urbano es tan penetrante, el urbanismo nunca conversará otra vez sobre lo “nuevo”, sólo sobre lo “más” y lo “modificado”. No discutirá más acerca de lo civilizado, sino de lo subdesarrollado. Dado que está fuera de control, lo urbano está por convertirse en un vector mayor de la imaginación. Redefinido, el urbanismo no será única o fundamentalmente una profesión, sino una forma de pensar, una ideología: aceptar lo que existe. Hemos estado haciendo castillos de arena. Por ahora nadamos en el mar que los derrumba.

Para sobrevivir, el urbanismo tendrá que imaginar alguna innovación. Liberado de sus obligaciones atávicas y redefinido como una manera de operar sobre lo inevitable, el urbanismo atacará a la arquitectura, invadirá sus trincheras, se arrojará sobre sus bastiones, minará sus certidumbres, explotará sus límites, ridiculizará sus preocupaciones con materia y sustancia, destruirá sus tradiciones, ahumará a sus abogados.

El fracaso visible de lo urbano ofrece una oportunidad excepcional, un pretexto para la trivialidad nietzscheana. Tenemos que imaginar otros 1,001 conceptos de ciudad; tenemos que tomar riesgos locos; tenemos que aventurarnos a ser totalmente inescrupulosos; tenemos que respirar profundo y conceder indulgencias a diestra y siniestra. La certeza del fracaso debe ser nuestro gas de la risa y nuestro oxígeno; la modernización nuestra más potente droga. Ya que no somos responsables, seamos irresponsables. Ante un panorama de impermanencia rampante, el urbanismo ya no tiene por qué ser la más solemne de nuestras decisiones; el urbanismo puede iluminar convirtiéndose en una ciencia festiva.

¿Y qué si declaramos simplemente que no hay crisis y redefinimos nuestra relación con la ciudad no como sus hacedores, sino como sus meros sujetos, como sus defensores?

Más que nunca, la ciudad es todo lo que tenemos.



Tomado del libro de Rem Koolhaas y Bruce Mau, *S, M, L, XL*, Nonacelli Press, 1995. Traducción de José Emilio Salceda.

